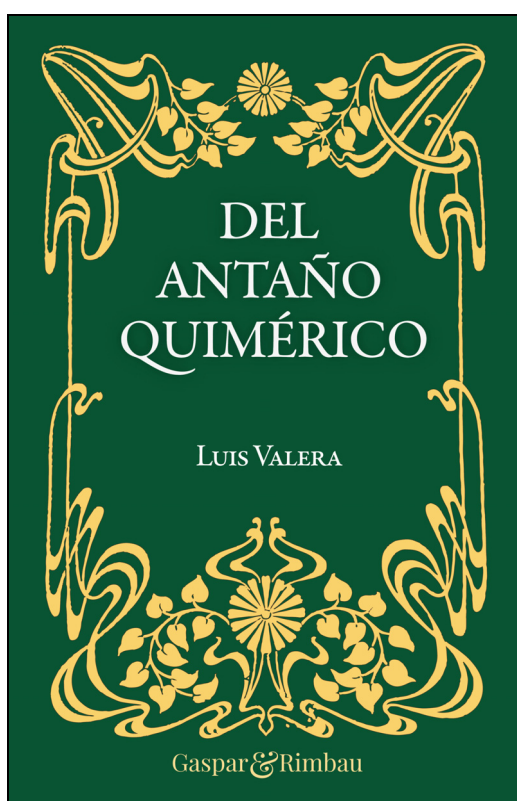


Del antaño quimérico de Luis Valera



Lola Robles
Escritora

© Lola Robles, 2022



Luis Valera
Del antaño quimérico
Edición de Mariano Martín Rodríguez
Valencia, Gaspar & Rimbau, 2021.
228 páginas

No soy lectora habitual del género de lo maravilloso o fantasía, sobre todo del más comercial. Cuando empecé a interesarme por las ficciones no miméticas, en especial la ciencia ficción y lo fantástico, estaban muy de moda (hablo de finales de los años ochenta y principios de los noventa) aquellas voluminosas sagas llenas de dragones, espadas y brujería. No me atraían apenas. Lo mismo me pasaba con los

aprendices de mago o con los hechiceros veteranos, aunque he leído con placer parte del ciclo de Terramar de Ursula K. Le Guin o las *Fábulas de una abuela extraterrestre* (1988) de Daína Chaviano. Eso sí, me crié en la tradición, todavía oral, de los cuentos de hadas y populares, y tuve la suerte de conocer, como filóloga hispánica, una larga serie de obras de nuestra literatura con importantes elementos no realistas, desde la Edad Media hasta el siglo XIX. Sin embargo, la inercia de buena parte de la crítica y los estudios, incluyendo los universitarios, al presentar la literatura española como básicamente realista, anclada a lo terreno y lo visible, ha sido durante demasiados años muy difícil de vencer. Por ejemplo, autores como Gustavo Adolfo Bécquer o Emilia Pardo Bazán se han presentado, respectivamente, como narradores de leyendas de rancio abolengo castellano o de un naturalismo puro y crudo. Ocurre que en ambos casos hemos tenido que esperar demasiado tiempo para evidenciar que Bécquer escribía cuentos de terror fantástico (o de lo maravilloso cristiano, según críticos como David Roas) y que Pardo Bazán cultivó todo tipo de géneros, entre ellos lo fantástico terrorífico, aunque de un modo muy diferente al del poeta y narrador sevillano.

Ha habido que *renombrar* el género que escribieron, en algunos de sus textos, autores de reconocido prestigio como los ya nombrados y, por otra parte, recuperar aquellos a los que ni siquiera conocíamos no habíamos leído, los pioneros de la ciencia ficción española, por ejemplo, esas



Del antaño quimérico de Luis Valera

primeras narraciones precursoras que se dieron, aquí en España, ligadas a las nuevas ideologías que imaginaban un futuro mejor: las utopías socialistas y libertarias, por ejemplo, a finales del siglo XIX y principios del XX. En general no ha sido fácil recuperar esas lecturas un siglo después, y no solo porque las ideas contenidas en ellas hicieran que fuesen discretamente relegadas u ocultadas durante cuarenta años: la mejor censura es la de no nombrar siquiera, la invisibilización y el olvido completos. También contribuyó la insistencia en seguir proclamando que en España solo nos interesaba el realismo, costumbrista o de crítica social.

Por ello, han tenido que ser investigadores y críticos como Mariano Martín Rodríguez y editoriales como Gaspar & Rimbau quienes se hayan adentrado en el laberinto de los libros perdidos, con un hilo de Ariadna que el mundo académico ha tardado en enganchar, salvo excepciones muy honrosas. Antes lo hicieron, sobre todo, los aficionados a la ciencia ficción. Ellos persiguieron el rastro de ese pasado que hablaba del futuro. No hay espacio para hacer aquí historia de esa arqueología y, afortunadamente, en este comienzo del siglo XXI la universidad muestra un mayor interés por los géneros no miméticos, único modo de que pasen a formar parte de la enseñanza lectiva y sean estudiados desde la teoría de la literatura, de manera que su definición, territorios comunes y fronteras no queden al albur de cada lector individual con sus opiniones subjetivas, igual que ha ocurrido hasta ahora.

A Mariano Martín Rodríguez lo conocí en Toulouse, en un encuentro universitario sobre ciencia ficción española, y allí comprobé su interés apasionado por obras en varios los idiomas, que era capaz de localizar en librerías de viejo con ese olfato

de los cazatesoros avezados. También constaté, por supuesto, su erudición.

Me encuentro ahora con que nos presenta una serie de relatos en la línea de la literatura de lo maravilloso más tradicional, publicados por la editorial valenciana Gaspar & Rimbau. Valencia, además de Barcelona y Madrid, fue uno de los enclaves desde donde se difundieron más los géneros no realistas en el siglo XX. Las obras clásicas anglosajonas, por ejemplo, se vendían en colecciones populares, lo que permitía que llegaran a muchos lectores. Desde hace algunos años, Gaspar & Rimbau se ha embarcado en la aventura, verdaderamente admirable, de recuperar una serie de autores y obras de la literatura no realista e insólita de nuestro país, en esa labor divulgativa que tanta falta sigue haciendo. Su catálogo, que recoge asimismo autores extranjeros, no es muy amplio todavía, pero sí muy cuidado.

Del antaño quimérico, de Luis Valera, se incluye, por tanto, en esta intención de recuperar y reencontrarnos con joyas perdidas. Hay que añadir que los libros de este sello editorial destacan también por su propia materialidad. Cubiertas magníficas, un diseño muy elaborado en general y, en algunos títulos, ilustraciones. Volúmenes que da gusto conseguir, leer y atesorar; ediciones para disfrutar con la vista y con el tacto.

Lo primero que quiero destacar de esta colección de narraciones es la introducción de Mariano Martín Rodríguez, extensa, detallada y erudita. No solo nos da a conocer a Luis Valera, sino el contexto histórico y social en el que escribió. Este autor fue hijo del mucho más conocido Juan Valera. Valera hijo, futuro marqués de Villasinda, nació en Madrid en 1870 y murió en Fuenterrabía en 1926. Destaca, como dato curioso en su vida, su destino como diplomático en China. Escribió sobre

Del antaño quimérico de Luis Valera

su experiencia oriental, que coincidió con la revolución de los bóxeres, en *Sombras chinescas. Recuerdos de un viaje al Celeste Imperio* (1902). Una de sus narraciones más conocidas es «La esfera prodigiosa» (en *Visto y soñado*, 1903). *Del antaño quimérico* se publicó en 1905. De todo ello nos habla Mariano Martín Rodríguez en su introducción. Solo quiero añadir que este prólogo me ha recordado las obras de la literatura española editadas por sellos como Castalia, que yo disfruté tanto en su momento, por el esmero en los volúmenes y por toda la información que me aportaban. La introducción puede leerse antes (aunque hay una parte en que el prologuista avisa de que va a revelar parte del argumento de las historias) o después, para completar la lectura. Merece la pena, no obstante, empezar con la introducción y volver después a ella, una vez terminados los relatos.

Del antaño quimérico es un libro para lectores curiosos a quienes guste descubrir estas piedras preciosas del pasado, sin miedo a adentrarse en estilos que ya no están de moda, por su frondosidad y cierto arcaísmo, aunque a su vez esa forma de escribir nos revele la tradición de la que venimos, que ofrece muchas delicias. También agrada a filólogos dispuestos a enfrentar lo erróneo de la leyenda sobre la tradición exclusivamente realista de la literatura española. Y a aficionados a los géneros no miméticos con interés por recuperar obras poco conocidas.

El libro contiene cinco relatos, los tres primeros, «La diosa velada», «Edirn y la hamadriada» y «El mayor tesoro» son más bien breves. El cuarto tiene una mayor extensión: se trata de «Historia del Rey Ardido y la Princesa Flor de Ensueño». Por último, está «La ahijada de los silfos», que puede considerarse prácticamente una novela corta.

Del antaño quimérico es fantasía, fantasía fabulosa, como bien indica Mariano Martín Rodríguez, ya que tiene un importante componente de fábula, de símbolo, de oralidad, de recopilación de motivos muy antiguos. Lo singular es el tratamiento de esos temas, así como el desenlace de las historias.

Voy a comentar ahora las narraciones, intentando en todo lo posible no desvelar puntos importantes del argumento, pero sí haciendo sugerencias de ciertas perspectivas para leerlas.

«La diosa velada», por ejemplo, nos cuenta un viaje interior, del alma, por parte de un hombre griego que se embarca en la búsqueda del conocimiento, la serenidad y la sabiduría, y los encuentra en una Atlantis o Atlántida, convertida en un espacio utópico. Yo pediría a quien lea esta historia que observe ese final tan poco convencional, tan maduro en mi opinión. Hay incluso un aire místico en todo el relato.

La obra de Luis Valera sigue siendo una buena muestra de cómo la literatura de lo maravilloso se ubicaba en lugares de nuestro planeta que incluso a principios del siglo XX seguían resultando atrayentes por ignotos, por la posibilidad de estar llenos de prodigios. Sin embargo, conforme avanza el siglo y se explora África, tal como se hizo con América, y se domina el Medio y Lejano Oriente, esos territorios van perdiendo su capacidad de atracción, de modo que los autores tienen que extrapolar sus ficciones a otros planetas, primero del sistema solar y, luego, de nuestra u otras galaxias. No obstante, da gusto recuperar, con esta obra, aquella inocencia perdida, el encanto de los cuentos de aroma oriental. Lo triste es que, ahora, una historia situada en Bagdad o Damasco nos recordaría guerras terribles y el interior de África nos traería la me-



Del antaño quimérico de Luis Valera

moria de colonizaciones y virus despiadados.

El segundo relato, también de corta extensión, «Edirn y la hamadriada», es una fábula de raíz artúrica, tal y como explica Mariano Martín Rodríguez. Quiero apuntar aquí que en las narraciones de Valera lo mitológico, antiguo y pagano coexiste con lo religioso cristiano, aunque, en mi opinión, con ciertas dificultades, como veremos en la última narración del libro. Atención a las entidades femeninas en estas historias, deidades asociadas a la naturaleza, como las ninfas y ondinas. Atención, porque las diosas matriarcales preceden, en nuestra cultura, al dios monoteísta y patriarcal judío, cristiano y musulmán, que las hace desaparecer. Por eso, es importante reflexionar sobre el final de este cuento. Podríamos recordar las creencias paganas donde lo femenino estaba más extendido y asimilado que en las religiones basadas en un dios único, varón y muy proclive a dictar leyes y sancionar pecados, en especial los de la carne.

«El mayor tesoro» nos ofrece una remembranza de los cuentos de hadas más tradicionales, aquellos en que un rey busca príncipe para su hija o esta busca marido, varios candidatos se presentan y deben enfrentar una serie de pruebas para convertirse en el elegido. No hay alfombras mágicas, pero el final es, de nuevo, muy ingenioso y ofrece la lección moral tan propia de muchas fábulas.

«Historia del Rey Ardido y la Princesa Flor de Ensueño» es una aguda visión paródica de cuentos de hadas que siguen la tradición de la Bella Durmiente. Hay un caballero, un dragón y una princesa, pero, incluso en 1905, ya era buen momento para darle una vuelta de tuerca a la historia y hacernos sonreír un poco. Desde luego, hay mucha finura en esa parodia, que no hace demasiada sangre, aunque se bebe

en la princesa. De nuevo sorprende el final, abierto y trifurcado. El prologuista destaca, con razón, la aventura submarina del personaje principal. Es un fragmento en el que deleitarse especialmente.

Por último, nos encontramos con la narración más larga, «La ahijada de los silfos». Aquí el autor se acercaría más a una Blancanieves fortuita, sin madrastra malvada y con deidades elementales en vez de enanitos, pero que ofrece un panorama muy fresco e idealizado del motivo de la joven criada en plena naturaleza. De nuevo, paganismo, *locus amoenus* y belleza sin contaminar, tanto de la muchacha como de su entorno, y el encuentro con los otros humanos, la moral y la religión, aunque también con el amor y la sexualidad. Quienes lean juzgarán el simbolismo del final. Como en otros cuentos populares, aparece el motivo del joven que ama a una muchacha de su edad, pero es seducido por una mujer adulta y sumamente peligrosa («La reina de las nieves»). Hay algo de pastoril en esta narración. Personalmente, es la que más me ha gustado.

Las narraciones me han ido atrapando según avanzaba en la lectura. Cierto que determinadas características del estilo pueden dificultar que llegue a gente más joven: la morosidad de su escritura, el exceso de epítetos antepuestos y la abundancia de descripciones, que cada vez encontramos menos en la narrativa actual. No obstante, se trata de algo propio de la época. Estamos en 1905. Mariano Martín Rodríguez relaciona estos relatos con el decadentismo propio del momento, un decadentismo y esteticismo que, sin embargo, tienen aquí un componente muy español, por el uso de un vocabulario autóctono, incluso algo castizo, lo cual lo diferenciaría de otros textos europeos. *Del antaño quimérico*, como su mismo título



Del antaño quimérico de Luis Valera

indica, recoge toda la tradición de la que hemos hablado: relatos folclóricos, de hadas, lo pagano, lo mitológico, lo caballeresco, lo oriental, el viaje y la aventura, todo lo que, durante tanto tiempo, ha formado parte de lo maravilloso. Y lo hace

con entusiasmo y autenticidad, pero dándole una visión ya propia del siglo XX, desde la parodia y la ironía. Los viejos motivos que se nos cuentan se llevan a nuevos límites, porque el autor sigue creyendo en ellos, aunque ya no del todo.